

# ÍNDICE

Agradecimientos.....7

*Primera parte: EL BOSQUE VIEJO*

1 La senda Kipling..... 11

2 Recordanzas .....15

*Segunda parte: LA OTOÑADA*

3 Regreso a Marmota..... 29

4 Carmelita y Arabisque ..... 35

5 Las brumas del tiempo.....41

6 El hechizo de la niebla .....51

7 El veranillo de San Martín ..... 59

8 Melancolías de otoño.....67

*Tercera parte: MUDANZAS INVERNIZAS*

9 La primera luna de invierno .....75

10 Danzando con los buitres .....81

11 La estación de las voces nuevas..... 85

12 El fragozal secreto..... 93

13 El territorio de Carmelita y Arabisque..... 99

14 Barruntos de primavera..... 105

*Cuarta parte: RELATOS DE ÁGUILAS*

15 El recovo del valle.....113

16 Los primeros nazarenos .....121

17 La historia de Carmelita ..... 125

18 El regreso de las damas negras..... 133

19 La historia de Arabisque..... 141

*Quinta parte:* CAMUDAS PRIMAVERALES

20 Aguarradillas abrileñas.....	153
21 La flor de la jara .....	159
22 La huella del faisán .....	167
23 El milagro del santo.....	179
24 El nido flotante del somormujo.....	187
25 Rezagos de primavera.....	193
26 Los hijos del sol .....	197

*Sexta parte:* EL PASO POSNUPCIAL Y LA BERREA

27 Reencuentros .....	209
28 Corros posnupciales.....	215
29 La atalaya de Carboneros .....	221
30 El viento del suroeste .....	227

*Séptima parte:* EL AÑO DE LA GRAN SEQUÍA

31 La querencia del Dos de Mayo.....	237
32 Asterio Cortecero, guarda de Valdeleganar.....	245
33 Viento solano .....	253
34 Cristóbal Gutiérrez, guarda de Marmota .....	259
35 El paraíso de las cigüeñas .....	267
36 El bosque sediento.....	273
37 El milagro de la lluvia.....	279
38 Cantos de despedida .....	289

GLOSARIO DE TÉRMINOS.....	295
---------------------------	-----

- 1 -

## LA SENDA KIPLING



**D**urante mis andanzas por las serranías del cuadrante suroccidental de la península, los mundos hechizados del bosque mediterráneo, me acompañaba siempre un anhelo: desentrañar el devenir de uno de esos parajes durante varios ciclos anuales, tomar el pulso a las estaciones, descifrar los cambios que provocan en la fauna y en la vegetación, entender el tráfigo de la naturaleza. Después debería escribirlo en forma de cuaderno de campo, pero en lugar de bocetear los hallazgos recorriendo el lugar por etapas, cada jornada en un predio distinto, lo haría frecuentando siempre el mismo valle, hasta conocer a sus habitantes salvajes como si fueran viejos amigos.

Nació el anhelo, al menos quedó plantada la semilla, en los días felices de la infancia, con siete años, cuando mi padre, viendo mi entusiasmo por todo lo que tenía que ver con las tierras agrestes y los animales salvajes, me animó a leer un extraño relato que descansaba en su biblioteca,

*Las aventuras de Mowgli*, el compendio de los cuentos que escribió Rudyard Kipling sobre el niño lobo de la jungla. Estaba aprendiendo y perfeccionando el arte de la lectura, por eso tardé algún tiempo en acabarlo, pero el hechizo prendió nada más posar mis ojos en las primeras cuartillas; tenía algo especial que me atraía, aunque al principio no entendía del todo el motivo.

Página a página fui sintiendo la belleza y el misterio de aquel mundo perdido, en mi mente era capaz de dibujar el mapa de Seonee como si volara a caballo del viento junto a Chil, el milano, o Mang, el murciélago. Podía imaginar al río Waingunga dibujando meandros, cortando la selva camino del sur, también a la laguna de la roca de la Paz, el remanso al que acudían los animales a abreviar durante las sequías más severas, cuando el árbol del *mohwa* no florecía. La roca del Consejo quedaba oculta entre colinas y barrancos, hacia el noreste. Las tierras de la aldea del hombre y la garganta en la que los búfalos, guiados por Mowgli, Akela y el Hermano Gris, sorprendieron a Shere Khan, ocupaban el flanco suroriental. Las Moradas Frías, el refugio del pueblo de los monos y del tesoro de un reino olvidado, el noroccidental. Hacia el norte yacían las marismas y pantanos de los cocodrilos. Al sur, las planicies por las que llegaron los perros jaros, los *dholes* del Deccan, persiguiendo a Won Tolla, el lobo solitario. ¡Qué recuerdos tan maravillosos!

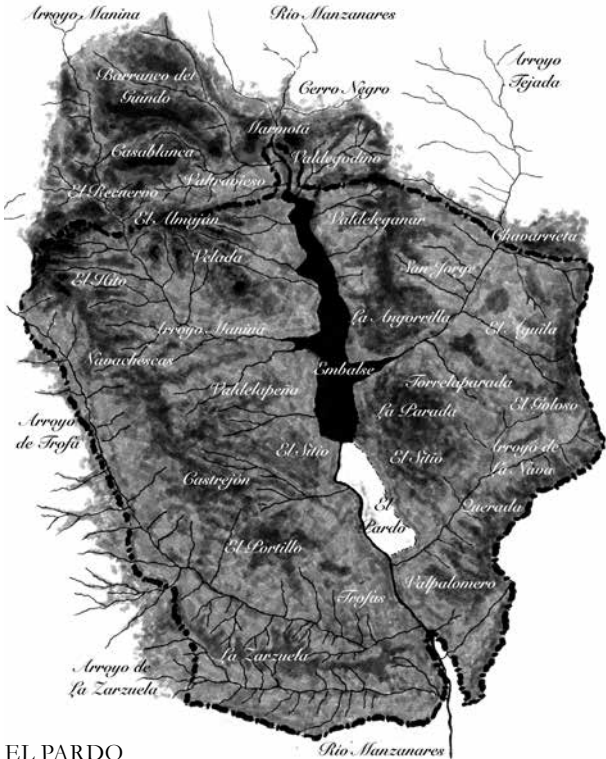
Al fin, un buen día, mucho tiempo después, comprendí por qué me seducía aquella historia: Mowgli había sido capaz de intimar con los animales salvajes, de entender sus costumbres, incluso sus sentimientos, de un modo profundo e inquietante. La jungla tenía vida propia, reglas, y los animales, costumbres y leyes, cada especie las suyas. Era una fábula, pero la frontera entre la realidad y lo imaginado resultaba deliciosamente tenue, se desdibujaba en la mente, y uno tenía la sensación de que era así como debían suceder las cosas. Pensé entonces que quizá fuera posible transitar del territorio de la ficción al de la realidad y recrear el espíritu de la aventura de Mowgli en otro lugar y con otros animales. En realidad

lo había hecho varias veces en el pasado, aunque sin la intensidad o la constancia que demandaba el nuevo proyecto, a veces por ser demasiado joven y carecer de experiencia, otras por escoger escenarios fascinantes pero remotos, de acceso difícil y costoso. Por tanto era de vital importancia encontrar el enclave adecuado donde ambientarlo.

Me seducían algunos rincones de Doñana, con sus marismas, con sus cotos tapizados de matorral, mechados de lagunas efímeras, con su abundancia de aves acuáticas. También varios barrancos de las sierras del Tajo, en el Monfragüe, con sus umbrías entretejidas de alcornoques, quejigos y madroños, con sus saltos y portillas, con su abundancia y variedad de grandes rapaces. Sin embargo, enseguida me di cuenta de que necesitaba algo más cercano a mi hogar en Madrid, un paraje que pudiera visitar con frecuencia, en el que pudiera atalayarme mucho antes del amanecer para disfrutar del despertar de los animales, en el que además me sintiera a gusto, como en casa. Entonces surgió desde las brumas de la memoria el Bosque Viejo.

Un amanecer de octubre me acerqué al cantón de Marmota y lo supe: allí estaba todo lo que estaba buscando, no necesitaba más, era la porción de la España agreste que siempre había tenido más cerca del corazón, y no sólo por su fauna, rica y variada, por su asombrosa historia o su vecindad, casi increíble, con la ciudad más populosa de España, sino también por un sentimiento de proximidad vital, de nostalgias de mis perros trezando sus sendas, quebradas y veredas. Tenía la sensación de que era el propio bosque quien me animaba, susurrándome que tan sólo debería escuchar sus murmullos, prestar atención a sus aromas, a sus silencios. Sin embargo, al principio dudaba: ¿sería capaz de mantener la tensión necesaria del relato? Tres años largos después, al concluir uno de los otoños más deliciosos que recordaba, me daba cuenta de que lo había conseguido, echaba la vista atrás y divisaba un tiempo preñado de nostalgias.

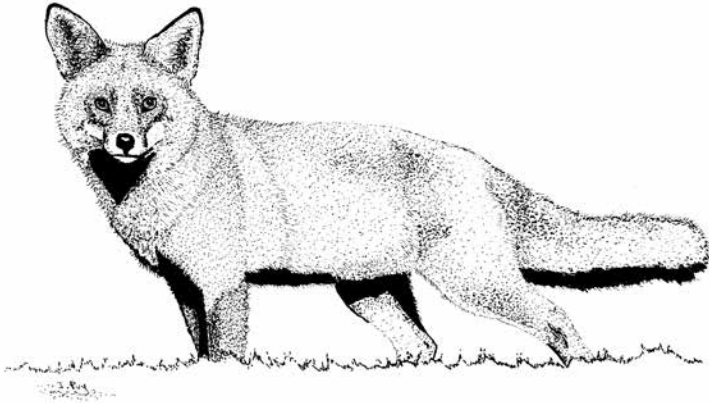
Te invito, amable lector, a que me acompañes mientras las voy desgranando. Deberías hacerlo como si trocheáramos juntos, sintiendo el rebullir de la vida, las brumas del otoño, los fríos del invierno, la explosión de color de la primavera y los calores abrasadores del verano. Conocerás a las carmelitas de hombros blancos, a los azores, a los búhos reales del portillo, también a las damas negras de los bajíos. Pero no quiero adelantarme, caminemos sin dar rumor hacia las atalayas desde las que el bosque nos contará sus secretos. ¿No lo oyes? ¡Escucha! Suenan los ululatos del búho, también los guajeos del zorro y el chilrío de los mirlos zamborotudos. ¡Sientes los silencios! ¡Ya ladra el águila en su encina centenaria! ¡Va pintándose el día!



MONTE DE EL PARDO

- 2 -

## RECORDANZAS



**E**l Bosque Viejo es verdaderamente un lugar especial, al menos para mí, porque ha vivido siempre en mi corazón, como si me acompañara, como si fuera un lugar hechizado al que necesitara regresar. Lo conocí de niño, con siete años, y desde entonces, desde que vi el primer gamo durante la ronca, a la vera de la carretera, entre las jaras, el cuello poderoso, los ojos hinchados, las palas enormes, no me ha abandonado.

Es un mundo aislado y poco conocido, al menos en su alma agreste, aunque a causa de un pintoresco capricho del destino convive en buena vecindad con la capital de España. Pocos han escrito sobre él y sin embargo encierra la fascinación de lo bravío. Tiene además un nombre singular. Hubo un tiempo, hace ya siglos, en el que los osos pardos frecuentaban sus umbrías. Descendían desde la sierra con la otoñada —los grandes machos, las hembras y los oseznos— para llenar mantecas, siguiendo el curso de los arroyos, abrigándose en las fragas más tupidas.